

Jornadas socio sanitarias de la CONFER: *Voluntariado y vida religiosa*

Mesa redonda - 28 de enero 2020

Laetitia Hennekinne, omi

Tema: Voluntariado con personas mayores o enfermas, al final de su vida.

1. ¿Por qué me hice voluntaria?

Llegué a España para entrar en la vida religiosa, y acababa de terminar la carrera de medicina. En el paulatino discernimiento de mi vocación (en sentido amplio) reconocí poco a poco el estar con los enfermos como un lugar vocacional, y era importante para mí no perder del todo el contacto con el mundo sanitario, y con los enfermos. Estuve unos meses de prácticas en un hospital de Madrid. Allí, me encontré con algunas situaciones de final de vida, que fueron difíciles para mí y que, a mi modo de ver, se acompañaban bastante mal. Sobre todo me di cuenta de mi falta de formación: no sabía qué hacer, cómo hacer. Por eso, decidí buscar una formación en cuidados paliativos, y es así como llegué a San Camilo. Unos meses después de empezar la formación, me incorporé al voluntariado, con la necesidad de poner en práctica lo que aprendía, y también atraída y convencida por lo que proponía este centro en el acompañamiento a las personas mayores y al final de la vida.

Es un lugar que me ha configurado vocacionalmente hablando. Se me abrió allí un camino de integración entre lo más humano de mi vocación a la medicina (pasar del ejercicio de la medicina al estar en el sufrimiento para acompañar - ejerciendo o no la medicina) y lo más humano de mi vocación oblata (humanizar, levantar a la persona).

Sigo encontrando en este voluntariado estos dos elementos, que buscaba al principio.

Sigue siendo un ámbito de *formación* muy importante para mí en muchos aspectos. Sobre todo a través de nuestro programa de formación y de las reuniones de supervisión. Esto permite una relectura, una toma de distancia y una reflexión en cuanto a nuestra propia práctica. También permite conocernos mejor, lo que nos mueve interiormente, nuestros miedos, nuestras huidas, nuestra vulnerabilidad... "trabajarnos". Haciéndonos más conscientes también de los valores que nos guían.

En medio de mi vida en la que estoy más bien ocupada en el estudio, es un lugar donde puedo tocar la realidad del mundo y su sufrimiento: un "*estar-con*". Es un punto clave de mi vocación, y cree que es importante no perderlo de vista .

2. Mi experiencia de voluntariado con enfermos al final de la vida:

"Buenas tardes, me llamo Laetitia y soy voluntaria aquí en el centro... si le apetece, me puedo quedar con Vd. un rato..." Así es como suelo presentarme. Muchas personas me acogen, me dan la bienvenida, y me dicen que sí. Y me siento a su lado, simplemente para pasar un rato.

A veces, hablamos del tiempo, o de la serie que en este momento pasa en la televisión,

Otras veces, de la vida de antes en el pueblo, o de los parques de Madrid...

Muchas veces, me callo y escucho...

Quizá una persona me dirá que se siente sola, o triste, o tranquila...

A veces, no hablamos...

A menudo, la conversación no tiene palabra...

Tiene mirada, caricia, la presión de unas manos en las mías.

La historia de mi voluntariado es una **historia de encuentros**. Hay personas a las que acompañé durante varios meses, y a lo largo de las semanas, nuestros encuentros tomaban sabor de re-encuentros. Hay personas con las que me encontré solo una vez, el tiempo de una mirada, de una caricia o de un abrazo...

El otro es **tierra sagrada... la experiencia de la vulnerabilidad**

Siempre me asombro de la hospitalidad, la acogida que recibo cuando una persona me invita a quedarme, y empieza a contarme lo que está viviendo. No solo me abre la puerta de su habitación, sino también la puerta de su vida y de su corazón y, muchas veces, de su familia. En una planta de cuidados paliativos, se toca rápidamente lo esencial. Es como vernos sin mascarar, en nuestra desnudez. Es algo que tiene que ver con nuestra común humanidad, limitada, vulnerable, y **compartida**.

Porque es experiencia de la vulnerabilidad del otro, pero también de la mía propia: la de no tener respuestas, no saber, meter la pata... sentirse impotente, y sobre todo la de afrontar nuestra propia finitud.

Jean Vanier, el fundador del Arca, vivió de manera muy profunda esta experiencia del encuentro en la debilidad y lo expresa de manera preciosa: *"Amar es convertirse en débil y vulnerable; es levantar las barreras y romper los caparazones; es dejar que los otros entren en mí y hacerse delicado para entrar en ellos. El encuentro de la unidad es la interdependencia."*

Por eso es para mí un lugar de gracia. Vivir el encuentro verdadero y profundo, desde la vulnerabilidad compartida, nos hace más humanos y creo que es esta experiencia la que me llena de alegría aun en medio de situaciones difíciles, complejas, y de mucho sufrimiento. Porque en el fondo, vivir la profundidad del encuentro humano es hacer una experiencia de Dios y de su Reino. El encuentro real entre dos personas, es encuentro a tres: Dios se revela en este encuentro, escondido en el otro y escondido en mí.

Soledad y amistad: Cuando aceptamos no huir de nuestra vulnerabilidad, cuando aceptamos permanecer al lado en silencio y ser solo una presencia humilde, cuando vivimos nuestra impotencia frente al sufrimiento del otro, es cuando nuestra presencia se hace consoladora... *Con-solatio*, es lo que ocurre estando con el que vive la soledad.

Para que esta relación sea significativa, para que pueda sanar la soledad, tiene que ser auténtica... de algún modo situarse en el registro de la amistad.

De igual manera, la misma demanda de un paciente fue la que empujó a Cicely Saunders a lanzarse en la fundación del movimiento *hospice*. Testimonia ella de lo siguiente: *"Hace 17 años un joven polaco murió y me dejó 500 libras y el siguiente estímulo: "Yo seré una ventana en tu Hogar". Este fue el auténtico comienzo del St. Christopher's Hospice. Lo recuerdo diciendo: "Lo único que busco es lo que hay en tu mente y en tu corazón". Esto mismo fue evocado años después por otro polaco que nos dijo: "Gracias. Y no solo por tus pastillas, sino por tu corazón". Pienso que ambos demostraron que no solo querían habilidades, sino también compasión. Necesitaban cercanía y amistad, además de buenos cuidados técnicos. Creo que esto debería estar incluido en nuestra comprensión de lo que realmente significa "velar"."*

Voluntariado y espiritualidad: una experiencia de gratuidad.

En San Camilo, el voluntariado está colocado en el departamento de la atención espiritual. La muerte representa una ruptura existencial para la persona humana. En el afrontamiento a la muerte,

aparece de manera aguda la consciencia de la propia finitud y se imponen con fuerza las preguntas radicales del ser humano: ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Dónde voy? ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Qué puedo esperar? ¿Qué hay después de la muerte? La muerte supone una amenaza a la integridad del sujeto, en su propia existencia, al menos en la forma que este ha tenido de existir hasta entonces. Por esa misma amenaza, el proceso del morir conlleva frecuentemente un sufrimiento, que afecta tanto al enfermo como a las personas que le quieren. En todo esto, nos situamos en el ámbito de la espiritualidad, y allí es donde tenemos que buscar los recursos que nos van a permitir acompañar en el proceso de la muerte.

Hemos hablado ya de la experiencia de soledad frente a la muerte, y de cómo podemos consolar a través de una experiencia de cercanía, de amistad. Creo que el voluntario tiene un papel particular, justamente por la gratuidad de su presencia. No está allí para nada más que estar, no tiene nada que hacer... Como decía Cicely Sanders, velar.

¿Cómo vivo en mi voluntariado mi vocación religiosa, oblata?

Guardo un momento de oración, en la capilla del centro, antes de subir a las plantas para visitar a las personas. Es un momento de oración privilegiada en mi semana. De alguna manera, no puedo subir sin tomar este tiempo que me recuerda que no voy sola, sino acompañada. Mi oración siempre se termina igual: *Señor, toma mis ojos, que pueda ver como tú, toma mis oídos, que pueda escuchar como tú, y así, todo mi cuerpo, mi lengua, mi rostro, mi corazón, mis entrañas, mis manos, mis pies...*

3. ¿Cómo ofreces esta posibilidad de servicio a otras religiosas/religiosos?

Una experiencia de **salida** en dos sentidos:

- *periferias existenciales* (final de vida): En nuestra sociedad, muy a menudo, nos asusta ver la muerte, no queremos que sea parte de nuestra vida y huimos de ella... y, a las personas que se están muriendo, las dejamos un poco apartadas de nuestra vida, en hospitales, residencias... Hoy, desgraciadamente, en nuestra sociedad, mucha gente se muere sola.

Personalmente me siento particularmente llamada a estar en estos lugares de sufrimiento. Nuestro carisma, como misioneras oblatas, está orientado a la evangelización de los más pobres, de los más abandonados, y más alejados de la Iglesia. En mí, esto se une con la experiencia del sufrimiento: entiendo el sufrimiento como una gran pobreza espiritual que cuestiona al hombre sobre sus razones de esperar y que pide a gritos signos de una verdadera esperanza.

Es fundamental para mí poder encontrarme verdaderamente con la gente, establecer relaciones humanas, cercanas, en las que se comparte lo uno es y en las nos acompañamos.

- *periferias eclesiales*: este voluntariado reúne personas que quieren vivir el acompañamiento a personas al final de la vida desde unos valores comunes, pero no necesariamente desde la fe cristiana, sino desde la ciudadanía (aunque el modelo inspirador es claramente cristiano). Queremos acercarnos sencillamente, como vecinos, a este lugar un poco apartado, como si diéramos un paseo por la plaza del pueblo y allí nos encontráramos, porque creemos en el valor de la comunidad humana, y no aceptamos que haya personas que puedan morir sintiéndose solas y apartadas. Personas variopintas se pueden encontrar en este proyecto y de hecho, en el equipo, cada uno tiene su tradición espiritual o religiosa, pero nos encontramos en valores esenciales y nos enriquecemos. Me sale del ámbito estrictamente congregacional o eclesial, y lo agradezco.

Una experiencia **comunitaria**:

Es un aspecto muy importante de esta experiencia de voluntariado. Como lo he mencionado, somos un equipo, en el que, sobre todo por medio de las reuniones de supervisión, nos acompañamos los unos a los otros, compartimos nuestras dudas sobre cómo acompañar, nos ayudamos y nos sostenemos. Es un verdadero regalo. Nos enriquecemos mucho de las experiencias de los demás, de sus preguntas y dudas. Y también de dejarnos cuestionar, interpelar en nuestros modos de acompañar. No podría ser voluntaria allí fuera de este grupo.

Esta experiencia comunitaria tiene además una dimensión *institucional*. Nos organizamos dentro de un centro, de un servicio, de un equipo sanitario, y de un equipo de voluntarios. Hay una coordinación desde el centro que nos indica las prioridades, las personas que tenemos que acompañar. Juntos y con todo el equipo que trabaja en la planta, intentamos acompañar a las personas y a sus familias hasta el final, en un compromiso de *no-abandono*. Y sé que allí dónde no llego, llegarán otros.

He hablado mucho al principio de la dimensión de la **formación**. Solo lo menciono de nuevo aquí para decir lo importante que lo considero. Para mí es una gran oportunidad de formación y crecimiento personal, tanto por las formaciones estrictamente hablando, como por la supervisión y la misma experiencia del voluntariado. Además, me parece que es una cuestión de coherencia y seriedad con el compromiso del voluntariado, porque también se puede hacer mucho daño, si se va solo con buena voluntad pero sin saber, sin formación.

Y por último, creo que el voluntariado puede ser una **voz profética** en nuestro mundo. Se trata de decir en actos: *“es posible hacerlo de otra manera”*. Mi experiencia en San Camilo me ha transformado en mi relación con los enfermos (siempre digo que si tuviera que volver a ejercer la medicina, ya no sería médico como antes) y me ha sanado de heridas vividas por situaciones de deshumanización en el ámbito sanitario) enseñándome que otro camino es posible.

En último término, el voluntariado tiene una *dimensión política*, en el sentido que lleva e intenta hacer realidad una transformación de la sociedad. En este caso, comprometiéndonos para reinventar el vínculo social en lugares apartados y poner en el centro del cuidado las relaciones humanas.

4. Conclusión: ¿El voluntariado como misión?

Esta experiencia, está muy vinculada en mí con la actitud de la compasión. Etimológicamente, la compasión es *sufrir con, sufrir juntos*. La compasión más que una emoción, es una elección: el que acompaña ha elegido no huir ante el sufrimiento, ante la experiencia de fragmentación, de vacío y de absurdo que pudiera vivir el otro.

La compasión nos convierte en un compañero de viaje de un itinerario que es del otro, para que este itinerario no sea solitario. La compasión es esa actitud que nos permite adentrarnos en el sufrimiento del otro hasta el punto que pueda ser compartido, porque fundamentalmente compartimos la misma humanidad herida y vulnerable. Y esto no nos deja indemne... en la compasión, me dejo tocar, herir... no es un viaje neutral, precisamente porque toca lo más esencial de la persona y porque supone un compromiso, al menos, de no abandono.

Esta actitud se une en mí a mi identidad de misionera oblata. Ser misionera es testimoniar de ese Dios que es amor y que viene a compartir nuestra humanidad sufriente, es encarnar en mi propio rostro, en mis gestos, en mis palabras... algo de esta compasión de Dios.